

nozco ahora que el Señor Dios me ha bendecido, porque me hallaba viuda, y ya no lo estoy; era estéril, y he concebido (proféticamente, como lo esplica San Epifanio.)» Joaquin descansó el mismo día en su casa.

Mas (¡escrúpulo admirable de continencia!) Joaquin no quiso tocar el beneficio del Señor hasta que no fuese justificado. Al día siguiente vá al templo, pide á Dios una señal que le asegure estar bendito, y conociendo en esta señal que no hay pecado en él, baja purificado de la casa del Señor, vá á su casa, y *Ana concibió*.

En el mismo mes, Ana dió á luz una hija, á la cual se dió el nombre de *María*. Cuando la niña tuvo seis meses, su madre la puso en tierra, para ver si se tenia de pié. Y la niña anduvo siete pasos, despues vino á echarse en los brazos de su madre. Y Ana dijo: «¡Viva el Señor, mi Dios! Tú no andarás sobre la tierra hasta que yo te haya ofrecido en el templo del Señor.» Y ella la santificó en su lecho; apartó por respeto á su persona todo lo que estaba inmundo, y llamó á algunas jóvenes judías sin tacha para cuidar de la niña.

No se puede menos de conocer en todo esto la creencia en la Concepcion inmaculada de *María*. Purificados por la edad, y sobre todo por la santidad de todo lo que pertenece á los sentidos, los padres de *María* no la dan el ser sino para consagrarla al Señor de una manera particular, y no se miran respecto de ella, sino como unos guardianes de aquella flor de pureza hasta que sea ofrecida. «Así es, dice el sábio autor del *Simbólico*, Moehler, como la primitiva Iglesia se esplicaba acerca de la Concepcion inmaculada de *María* (1).»

Cuando la niña cumplió su primer año, Joaquin dió un gran festin, al cual convidó á los Príncipes de los Sacerdotes y á los Escribas y á todo el Senado y pueblo de Israel. Ofreció presentes á los Príncipes de los Sacerdotes, los cuales bendijeron á la niña diciendo: «Dios de nuestros Padres, bendice á esta niña, y dála un hombre QUE SEA CÉLEBRE EN TODAS LAS GENERACIONES.» Y todo el pueblo dijo *Amen*... Y los padres de *María* la presentaron á los Sacerdotes, que la bendi-

(1) *La Patrología de los tres primeros siglos*, t. II, p. 568.

jeron diciendo: «Dios de gloria, dirige tus miradas sobre esta niña, y concédela UNA BENDICION QUE NO CONOZCA LÍMITES.» Y su madre (aquella madre que habia sido en otro tiempo arrojada del templo como estéril) la tomó de las manos de los Sacerdotes, la aplicó á su seno, y entonó este cántico delante de todo el pueblo: «Yo cantaré la alabanza del Señor, mi Dios, porque me ha visitado, y me ha quitado el oprobio con que me cubrian mis enemigos.—El Señor ha puesto en mí EL FRUTO ABUNDANTE DE LA JUSTICIA.—¿Quién anunciará á los hijos de Ruben que Ana la estéril dá de mamar?—Escuchad, escuchad, tribus de Israel, ¡ved aquí que Ana dá de mamar!»

Esto es sublime, al par que natural, é impresiona profundamente el corazon; sublime, mas bien bíblico que evangélico, verdad es, y aun esto mismo no es disconveniente; sublime humano, si se quiere, al lado del cual el de la *Visitacion*, y el del *Magnificat* en el Evangelio es divino, pero que no expresa sino mas naturalmente el profundo sentimiento de admiracion y de exaltacion respecto de la grandeza de *María* que el Evangelio habia impreso en las almas, el culto que se tributaba desde el origen del Cristianismo á esta incomparable personalidad.

Viene en seguida la escena de la *Presentacion* definitiva de la niña *María* en el templo; escena maravillosa de delicadeza cristiana, que manifiesta (sobre todo despues del grito de la naturaleza que acabamos de oír) cuánto tenia de espiritual y de generoso el sacrificio en que debia consumarse la *Virgen* que Dios se destinaba para sí.

María tiene dos años; Joaquin, precisado por el temor de Dios á cumplir el voto que él y Ana habian hecho, quiere conducirla al templo. Ana, contenida por el temor de que la niña, todavía muy tierna, no eche de menos á su padre y á su madre, y no se entregue con bastante generosidad al Señor (¡admirable escrúpulo de parte de una madre!), es de parecer que se espere hasta el tercer año. Joaquin dice: «Esperemos.» El tercer año de *María* se ha cumplido. Joaquin dice: «Llamad á las vírgenes sin tacha de los Hebreos, y que tomen sus lámparas, y que las enciendan, y que la niña no se vuelva atrás, y que su espíritu no se aleje de la casa del Señor.» Las

vírgenes obraron como él lo prescribía, y el Príncipe de los Sacerdotes recibió á la niña, la abrazó y dijo: «*María, el SEÑOR HA HECHO GRANDE TU NOMBRE EN TODAS LAS GENERACIONES, y al fin de los días (1) el Señor manifestará en tí el precio de la Redencion de Israel.*» Y la colocó sobre la tercer grada del altar, y el Señor derramó su gracia sobre ella, y ella rebosaba de alegría, danzando con sus piés, y toda la casa de Israel la amó (2), y sus padres bajaron admirados, y *alabando á Dios porque la niña no se habia vuelto hácia ellos.*

¡Admirable desprendimiento, sublime consagracion, tan admirable y tan sublime, que la verdad del misterio se descubre aquí por la hermosura de la narracion, que todo el orbe católico lo celebra con una festividad de las mas antiguas, la de la *Presentacion de la Santa Virgen*; y que el venerable fundador del Seminario de San Sulpicio, Mr. Ollier, vé y hace ver á los Levitas, en esta escena incomparable, el mas perfecto modelo, y al mismo tiempo el mas poderoso patrocinio de la Clericatura que sube las gradas del Santuario (3)!

(1) De los días de la *Ley*, espresion bíblica.

(2) «Ella subió corriendo las quince gradas, sin mirar atrás y sin inquietarse por sus padres, como suelen hacer los niños; y todos quedaron sorprendidos al ver esto, y los Sacerdotes del templo estaban llenos de admiracion.» *Historia de la Natividad.*

(3) Los clérigos, dice M. Ollier, contemplarán á la Santa Virgen presentándose en el templo, como patrona de la Clericatura, como llena de su espíritu, y dando ejemplo de la dejacion del siglo y de la consagracion á Dios. Poseida del Espíritu de Dios Omnipotente, todo fuego, todo amor, sube sola las gradas del templo á los tres años; con esto nos enseña que Dios es quien suple nuestras enfermedades, y ella viene á ratificar solemnemente en este día lo que tenia ofrecido á Dios desde el primer momento de su vida. Entra en un completo olvido del mundo, comienza á vivir muerta á sí misma, abandonada en manos de Dios, amándole y dándose á su gloria de una manera incomprendible. *Ella no mira atrás*; ella no piensa al dejar un mundo grosero y corrompido, si tendrá necesidad de alguna cosa en el servicio de Dios, si este gran Dios le bastará ó no para todas las cosas. No piensa en su casa, ni en sus padres; se abandona á Dios con

He aquí lo que se admiraba y se sentía en el *siglo segundo* sobre la Santísima Virgen, su nacimiento, su infancia y sobre las santas disposiciones de las cuales ella era el fruto predestinado é inmaculado hasta en sus autores. He aquí el sentimiento público con respecto á ella.

No es nuestra intencion hacer conocer los Apócrifos, sino con el objeto de sacar de ellos la prueba que nos hemos propuesto. Lo demás del *Proto-Evangelio de Santiago*, refiere el matrimonio de María con José, el milagro de la vara floreciente, para designar á San José como el destinado para ser el guardian de la Virgen; despues la narracion viene á identificarse con el Evangelio sobre la Anunciacion, la Visitacion, las sospechas de José, la Natividad de Nuestro Señor y la Adoracion de los Magos, desluciendo la sencillez del Evangelio con detalles insulsos y alguna vez ridiculos, cuales no se hallan en la primera parte que acabamos de analizar, como si la temeridad de tocar al relato evangélico hubiese ofuscado al escritor.

IV. *La historia de la Natividad* se estiende con mas complacencia que el *Proto-Evangelio de Santiago*, sobre la mansion y celestial educacion de María en el templo. Hay sobre esto un cuadro muy edificante y que prueba la pureza de espíritu con que se concebía á la Santísima Virgen. La alianza de la vida activa y de la vida contemplativa se manifiesta en ella por la regla que se habia prescrito á sí misma, de apli-

una confianza maravillosa, sin volver á ocuparse de sí ni de ninguna criatura; ella nos enseña así á vivir en el espíritu de Nuestro Señor Jesucristo, abandonado enteramente á los cuidados de su Padre.» (*Vida de M. Ollier*, tomo II, pág. 264.)—Nada dice M. Ollier de los padres de la Santa Virgen, porque no escribía sino para los clérigos; ¡pero qué admirable es su conducta, así por su generosidad como por su fidelidad! Tanto mas, que el amor de los padres para con los hijos suele ser mayor que el de estos para con aquellos, y que se puede decir que ellos fueron los que inspiraron á la niña María esta adhesion irrevocable por la cual se dió ella á Dios, y los que le enseñaron á *no mirar atrás.*

carse á la oracion desde la mañana hasta las tres, y de entregarse al trabajo de manos desde las tres hasta la nueve; y en estos ejercicios, como en todo su sér, ella aventajaba, edificaba y admiraba á todo el mundo. Entretanto, al cumplir los catorce años, María, á diferencia de todas sus compañeras, declara que quiere perseverar en la virginidad; lo que el Sumo Sacerdote hace saber al pueblo en estos términos: «Desde que el templo ha sido construido por Salomon, han morado en él considerable número de vírgenes admirables, hijas de reyes, de Profetas, de Pontífices; cuando han llegado á la edad conveniente, todas se han desposado, y han hecho una cosa del agrado de Dios, siguiendo la costumbre de las que las han precedido. Pues bien; ahora ved: se ha introducido con María un nuevo modo de agradar al Señor, porque ella ha hecho á Dios la promesa de perseverar en la virginidad; y me parece que segun nuestras súplicas y las respuestas que de Dios recibamos, sabremos á quién debe ser confiada.»

La historia de la Natividad sigue al Proto-Evangelio, en el resto de la vida de María, siendo ya Madre de Jesus. En ella se hace mencion de muchos prodigios, imaginados, si se quiere, como acontecimiento, pero verdaderos como significacion del amor del niño Jesus para con María. No referiremos sino uno de ellos que ha inspirado al Albano uno de sus lienzos mas suaves, y sobre el cual se ha ensayado muchas veces con amor, como puede verse en el Louvre. La santa familia, fatigada por el calor y por el viaje, en su huida al Egipto, se detiene bajo una palmera, al pié de la cual hace José bajar á María y tomar asiento. María, levantando la vista hácia lo mas alto de la palmera y viéndola llena de dátiles, dijo á José: «Yo desearia, si fuese posible, tener uno de estos dátiles.» Y José le respondió: «Me admira que me digas tal cosa, viendo cuán altas están las ramas de esta palmera; lo que á mí me inquieta es la falta de agua, y no sé dónde podré procurárnosla.» Entonces el niño Jesus que estaba en los brazos de la Virgen María, su Madre, dijo á la palmera: «Arbol, inclina tus ramas y alimenta á mi madre con tus frutos.» Al punto la palmera inclinó su cima hasta los piés de María, se pudo re-

coger fácilmente los dátiles que habia en sus ramas, y todos se alimentaron con ellos. Y la palmera permanecia inclinada, aguardando para volver á levantarse la órden de aquel á cuya voz se habia bajado. Entonces Jesus le dijo: «Vuélvete á levantar, palmera, y sé la compañera de mis árboles que están en el Paraiso de mi Padre. Y que de tus raices brote una fuente para apagar nuestra sed.» Y en el momento la palmera se levantó, y fuentes de agua muy cristalina y de una estremada frescura brotaron de sus raices, y la santa familia apagó su sed. Al dia siguiente, cuando iban á partir, Jesus se volvió á la palmera, y dijo: «Ya te lo he dicho, palmera; mando que una de tus ramas sea transportada por mis ángeles y plantada en el Paraiso de mi Padre. Para recompensarte, quiero que se diga á todos los que venciesen en el combate por la fé: habeis merecido la palma de la victoria.» Mientras El hablaba así, he aquí que el Angel del Señor apareció, apoyándose sobre la palmera, y tomó una de sus ramas, y se subió volando por medio del cielo, llevando esta rama en la mano.

¿No es esta una encantadora manera de representar el amor de Jesus para con María sobre la tierra, como prenda del crédito de María para con Jesus en el cielo? y despues, ¿qué simbolo tan sentimental de parte de María en la victoria del cristiano, el que eleva esta palma al honor de coronar en el cielo al vencedor por haberse bajado hasta los piés de María sobre la tierra? ¿Qué idea no nos dá esto de la elevacion de María y de los privilegios de su humanidad? Hay en toda esta encantadora leyenda una graciosa emanacion del espíritu cristiano que simboliza el alma.

V. El Evangelio de la infancia de Jesus, mucho mas antiguo que la Historia y que el Evangelio de la Natividad, toca á los tiempos apostólicos. Parece indigno de atencion, tan tejido está de cuentos ridículos. Dice Moehler, que se le podría conceptuar compuesto con el fin de desacreditar los milagros de Jesucristo, exagerándolos, si no apartaran semejante idea la época á que este libro se remonta, la inocencia del autor, que se descubre en todas sus páginas, y el efecto que se sabe causaba á cuantos lo leian.

Sin embargo, aun en esta leyenda, si se puede y si se debe rechazar la fábula, no se puede desdeñar la última parte de ella, la moralidad. Ella es demasiado notable como creencia popular en la bendición de Dios sobre María, derramándose sobre los cristianos que recurren á ella, como confianza en el poder de su crédito y de su intercesion.

Así, la santa familia viajando, vino á una ciudad donde se hallaba una desgraciada mujer endemoniada, de la cual hace la pintura, por lo demás, muy verosímil. María la vió, y se compadeció de ella, é inmediatamente Satanás abandonó á aquella mujer y huyó bajo la figura de un jóven, diciendo: «¡Desdichado de mí por causa tuya, oh María, y por causa de tu Hijo!» En seguida son relatados convenientemente el rubor de aquella mujer vuelta en sí, y el agradecimiento de sus padres.

Otra mujer tenia dos hijos, ambos enfermos; el uno murió y el otro estaba próximo á fallecer; su madre lo cogió en sus brazos y lo llevó á María derramando un torrente de lágrimas, y la dijo: «Oh Dueña mia, ven á mi auxilio y ten piedad de mí;» y le contó su desgracia. María se compadeció de ella, la mandó acostar á su hijo en el lecho en que Jesus habia dormido, y el niño volvió á la vida. Entonces la madre dijo: «Oh María, reconozco que la virtud de Dios habita en tí, en tal manera, que tu Hijo dá salud á los niños en cuanto lo han tocado.

No es en la edad media, es en el *segundo* ó en el *primer siglo* cuando se profesaba tal confianza en los misericordiosos auxilios de María. Y nótese bien todo lo que hay de *correcto*, hablando doctrinalmente, en esta creencia, es á causa de su Hijo; es por su Hijo y en su Hijo como María es capaz de socorrer: El es quien dá la salud; ella solamente procura la curacion.

No hay uno solo de estos milagros que no lleve ese carácter. Así es que, teniendo una mujer á un hijo próximo á sucumbir de un mal inexorable, lo lleva á María, á la que encontró bañando á Jesus. Y esta mujer dice: «Oh María, mira á mi hijo que sufre cruelmente.» María, oyéndola, le dice: «Toma una poca de esta agua, en que estoy bañando á mi Hijo,

y derrámala sobre el tuyo.» La mujer lo ejecutó así, y su hijo, despues de un profundo sueño, despertó completamente sano. Aquella madre, llena de alegría, vuelve á encontrar á María, la cual le dice: «Dá gracias á Dios porque ha sanado á tu hijo.» Este pequeño milagro es de los mas espresivos, como confianza en la bondad y en el poder de María, á quien basta decir por toda súplica: «Mira, mi hijo sufre;» y como atribucion del milagro á la virtud de Jesus y á la accion de Dios, que fué el solo que sanó al niño, y á quien María remitió el agradecimiento de aquellos para quienes Ella obtuvo el beneficio. María no es ahí sino mediadora cerca del mediador Jesus, de quien Ella dijo á otra mujer que le pidió una curacion: «¡Que la misericordia del Señor Jesus sea contigo!»

Ved aquí la devocion de la Santísima Virgen en toda su pureza doctrinal, establecida y practicada desde la aurora del Cristianismo. No es mas que la continuacion de aquella que el Evangelio nos ofrece en la gracia comunicada á San Juan y en el homenaje tan profundo de Isabel, despues en el milagro de Canaá, tan extraordinariamente concedido á la peticion de María; dos milagros *típicos* de su misericordiosa mediacion, del orden espiritual el uno, del orden temporal el otro; emanaciones los dos de la poderosa mediacion de la Maternidad divina de María, que ha dado la salud al género humano con dar á luz al Salvador.

Hay en el *Evangelio de la infancia* un milagro admirablemente simbólico de la salvacion del género humano por la Encarnacion. Se refiere en él que una mujer noble, habiendo llegado á ser víctima del espíritu maligno, bajo la forma de una serpiente que se enroscaba alrededor de su cuerpo, encontró á María que llevaba al Señor Jesus abrazado contra su seno. La mujer rogó á la Santísima Virgen que le permitiese llevar y abrazar á este Niño. *María consintió*, é inmediatamente que aquella mujer hubo tocado al Niño, Satanás la abandonó y huyó.—La mujer noble es la raza humana, á quien la serpiente de la idolatría comprimia por todas partes con sus venenosos dobleces. Desde el momento en que pudo coger al Niño del regazo de María y abrazarlo, quedó libre;

pero fué necesario que *María diera á ello su consentimiento.*

Esta mediacion protectora, es la misma cuyo pasado culto nos dan á conocer los Apócrifos en la creencia y costumbres de los primeros tiempos. Los Apócrifos son los testimonios irrecusables de esta verdad.

Digo los *testimonios*, no los *fundamentos*. No se diga, en efecto, que apoyamos la devocion á la Madre de Dios sobre los Apócrifos. Prevenimos esta dificultad en lo que anteriormente hemos dicho sobre la posicion y circunstancias de estos escritos. El fundamento de la devocion á María, mediadora de las gracias de Jesus, es el Evangelio, es la Maternidad divina de María. Los Apócrifos no son sino los testigos de esta devocion entre los primeros cristianos.

No se diga tampoco que como testimonios no son dignos de fé, hallándose desacreditados por las fábulas de que abundan. Hemos ocurrido tambien á esa dificultad. *Doctrinalmente* son ortodoxos, espurgados de toda supersticion y exageracion: *históricamente* atestiguan altamente la creencia en el poder de María, el recurso á su Maternidad divina para recibir por él las gracias de Jesus. No importa que los hechos particulares que en ellos se refieren hayan pasado ó nó. Por lo demás, no tienen nada en lo que toca á nuestro asunto, que no sea muy verosímil. Lo cierto es, que ellos espresan la idea, la creencia, las costumbres religiosas del tiempo, y es todo lo que se necesita (1).

(1) En un Evangelio Apócrifo de los Valentinianos, hereges del principio del segundo siglo, que, eludiendo los hechos y colocándose en una region puramente metafísica, empobrecian el conocimiento de Dios y de Jesucristo por un sistema de emanacion, cuyo último producto era Jesucristo, y que debia, por consiguiente, no tener cuenta alguna de María, cuya divina Maternidad los confundia, se vé, sin embargo, que habian recibido una alta impresion acerca de esta Virgen Santísima, á la que dicen por boca de Jesus: «Dichosa eres, María, sobre todas las mujeres que hay en la tierra, porque serás el pleuroma de todos los pleuomas (la plenitud de todas las plenitudes), y el fin de todos los fines.» *El Libro de la fiel Sabiduria.*

Así es como el culto de la Virgen María, en la Iglesia primitiva, se halla atestado por los Evangelios Apócrifos.

§. II.

Pinturas de las Catacumbas.

El culto de la Virgen es atestado, en segundo lugar, por las pinturas de las Catacumbas.

Todo el mundo ha oido hablar de los descubrimientos de las Catacumbas y de la ciencia de los Marchi y de los Rossi en interpretarlas. Estos sábios arqueólogos han sido como los *Cuvier* de aquellas capas fósiles del mundo cristiano, con una precision mas incontestable aun que aquella que el ilustre geólogo ha empleado en la esplicacion de las Catacumbas de la naturaleza; todo el Protestantismo se ha conmovido con ello; muchos de los suyos han sido movidos á arrepentimiento por estas santas apariciones de los primeros siglos, viniendo á dar testimonio á favor de nuestra fé con la magestad del martirio sufrido por ella, y reduciendo al silencio de la confusion y del respeto á aquellos que no atraian á la confesion de la verdad.

El Protestantismo, de acuerdo con el dictámen humano, que el Cristianismo ha venido á réformar, no vé en general en el Evangelio sino al Cristo Doctor y Actor; un *Libro* es su único símbolo; la *Palabra* su único instrumento; un Dios que no habla, un Dios *Niño*, no le dice nada. Que si este Dios, en este estado, es el objeto de la oracion, apenas se tolera; y que si esta adoracion del Hijo comprende, como debe ser, la veneracion de la Madre, de quien es el fruto, y sobre la cual se refleja su divinidad, se escandalizan, se grita ¡idolatría! En una palabra, el Protestantismo se aleja de Jesus Niño, porque no puede adorarlo sin venerar á María, su Madre.

Así es que tiene contra sí el Evangelio, que ofrece sobre

Véase para este escrito, como para los otros Apócrifos que hemos citado, el *Diccionario de los Apócrifos*, publicado por el abate Migne.